OPINIÓN

LA HORA DESTEMPLADA

Cuando la utopía ya fue

"Durante muchos años, algunos participamos en una batalla que a ratos parecía perdida: defender al presente –informe, imperfecto, manchado por muchos horrores, pero depositario de gérmenes de libertad– del sistema totalitario, oculto bajo lamáscara del futuro. Cayó al fin la careta, y el rostro terrible, al contacto con el aire, comenzó a deshacerse"[1]

Una suerte de desencanto inclemente parecería envolvernos hoy a quienes habíamos participado de antiguas batallas llenos de hermosas banderas pletóricas de futuro. Esta hora parece estar cargada de desencantos y de humillantes "realismos" para tantos amigos militantes revolucionarios.

Las dificultades que encontramos son tales que cualquier camino emprendido hacia nuevos entusiasmos parecería terminar empantanado en las arenas movedizas de un *hiperrealismo* grosero, sostenido y pregonado por la nueva religión del monoteísmo del mercado y sus servidores de políticas neoliberales. La vía pública aparece invadida ahora por antiguos vendedores de sueños que se han travestido en "alquimistas" del más rancio pragmatismo.

Cualquiera que transita por este mundo "posmoderno" tiene la sensación destemplada de que mucha cosa pide a gritos un cambio urgente, pero que *políticamente* no se puede. Que los cambios deseables y aun necesarios se ven constantemente bloqueados por el imperio de lo dominante en la economía y la política. No cuesta mucho coincidir en que la memoria colectiva de nuestra generación asociará siempre la fecha de 1989 con el derrumbe del socialismo real y con el advenimiento apoteósico del capitalismo liberal. En ese momento no pocos se apresuraron a dictaminar "el fin de la historia" y, consecuentemente, el fin o la irrelevancia de todo sueño utópico a partir de ella.

Los viejos militantes aprendieron a regañadientes lo resistente que es la realidad a cualquier intento de transformación y descubrieron la limitación e inadecuación de los medios democráticos para lograrlo. Muchos, cansados y desengañados, han emprendido una "huida", una especie de posmoderna versión de la antigua **fuga mundi** de los cristianos, en el mejor de los casos hacia el mundo de las ONG. Y en el peor, hacia un resignado exilio interior o de posmodernas religiones de los "espacios siderales" de nuevas eras (**new age**) místicas de "ojos cerrados".

La desproporción entre los esfuerzos y los costos del compromiso, con tan magros resultados, las rencillas internas en los partidos de izquierda, las corruptelas, el corporativismo de los sindicatos, la desvertebración de los movimientos sociales alternativos... todo conduce a una suerte de desencanto, de energía de baja intensidad espiritual que impide estar bien pertrechado para enfrentar las resistencias que interpone la realidad a cualquier transformación.

No es necesario ir muy lejos para entender esto. Basta con rememorar o rehacer la biografía de nuestra generación para percibir el derrotero que ha seguido la conciencia utópica en estos últimos cuarenta años. El final de los años cincuenta constituyó una especie de escenario donde, impregnados por la revolución cubana, el "Personaje Ausente" al estilo *Godot*, que era el triunfo definitivo del cambio estructural por todos esperado, no acudía nunca a la cita. Ahora, en los noventa, ya nos hemos apresurado a desarmar el escenario porque la llegada del personaje se ha vuelto irrelevante. Es que desgraciadamente la idea de un mundo sin futuro, sin posibilidad de un cambio sustancial, nos empieza a ganar la mente y se nos vuelve familiar. En la mitad de esta biografía están los años sesenta con su emblemático Mayo del 68. Esos años habían transcurrido en un clima cultural muy favorable a los sueños utópicos que eran naturalmente aceptados. Se leía a H. Marcuse afirmando que *"cualquier nueva forma de vida sobre la tierra, cualquier transformación del contexto técnico y natural, es una posibilidad real, que tiene su lugar propio en el mundo histórico"*[2]. Eran tiempos en que pedir y luchar por un mundo sin clases y sin hambre, un mundo justo y libre, era realismo puro. Todos pensábamos seriamente que pronto lo tocaríamos en el horizonte con la punta de los dedos. Hoy, veinticinco años después, lo que es puro realismo no consiste en pedir lo imposible sino en sacar el mayor provecho posible a la oferta del mercado. Y el *des*-encanto vino envuelto en lo que nos dejó aquella exaltación de utopías y entusiasmos: amenazas nucleares, explosiones reales del hambre de los condenados de la tierra, deterioro irrefrenable del ambiente, obscenidad del cacofónico "más de lo mismo", evaporación de las esperanzas.

Habíamos comenzado por apreciar más las propias ideas sobre la realidad que la realidad misma; luego generalmente se *"continúa invirtiendo todo el capital afectivo en imaginar las metas y dejando la determinación del camino y el aquilatamiento de sus costos en manos de la razón pragmática; y se termina instalándose, aburrido y cansado, en la sección de asuntos propios o compensándose de tanto desencanto con la plusvalía que genera una sabia administración de la utopía racional. El resultado final es siempre el mismo: la realidad queda abandonada a su suerte, y la fe condenada a la irrelevancia y la infecundidad perpetuas... y los pobres de la tierra se quedan sin el amparo histórico de Dios"*.[3]

Debo reconocer que ante este panorama me invade una melancólica nostalgia que atenta contra la posibilidad de revisar ocultos y siniestros supuestos que pretenden impedirme desenterrar las viejas y siempre vitales banderas coloreadas de utopías. Esa nostalgia debe ser advertida para que no olvidemos que cuando hablamos de utopía no nos referimos a la falta de realismo, ni a algo que va a suceder en el futuro, sino a algo que es un motor que ya está provocando y causando nuestra forma real de actuar aquí y ahora. Nos referimos a esa necesaria dosis de utopía que sigue estando vigente como energía entre nosotros, aunque hoy sea tan minoritaria, como el fermento en la masa, como el grano de sal en la comida.

Lo realista es abrir los ojos asombrados a los vertiginosos cambios que determinan este final de siglo. Cambios culturales muy profundos, políticos y tecnológicos que nos enfrentan a enormes desafíos. Los mensajes de las cumbres mundiales últimas y los pronósticos de los analistas nos muestran la enorme perplejidad con que todos miramos el futuro. Lo realista es darse cuenta que *"se oculta interesadamente que la democracia se debilita en Occidente y que los medios humanos se encuentran cada día más bajo el control de instituciones tecnocráticas y burocráticas sin rostro humano. De ahí que los nuevos movimientos sociales hayan arrebatado el testigo del sueño utópico a sus portadores clásicos: los partidos de izquierda (revolucionarios o revisionistas). Ellos, a pesar de su inmadurez, buscan sin desmayo políticas alternativas, más que alternativas políticas, y golpean el duro topos del militarismo, del productivismo y del patriarcalismo, con el fin de abrir, a paso de tortuga, caminos al sueño inaplazable de una humanidad libre y justa en una Tierra habitable"*.[4]

El 25 de diciembre pasado moría el gran filósofo Emmanuel Levinas. Viene a cuento una entrevista, poco antes de morir, en la que definió, telegráficamente, su pensamiento. *"Mi filosofía puede resumirse así: Usted primero"*. Para Levinas el "Yo" no es lo más importante, sino "el Otro". Muy pocos pensadores podrían resumir su pensamiento en una frase tan humana y gráfica. Quizás yo la parafrasearía con un mensaje que puede ayudarnos a vivir mejor, más humanamente, y a rescatar la utopía: "El pobre primero". Ya no soy yo el que tengo la prioridad, ni usted, sino quien tiene una necesidad (y primero el que tiene la necesidad más grande y vital: ¡sobrevivir!). Así como el rostro del otro era uno de los temas repetidos del filósofo, porque en el rostro se nos presenta el otro y fijándonos en él, mirando a sus ojos, le conocemos y reconocemos sus necesidades, mirar al pobre en los ojos es el comienzo de una nueva antropología llena del germen de la utopía.

Si el talante de nuestra época parecería ser la resignación individualista, el vértigo de la solidaridad es el síntoma mayor del malestar de nuestra cultura. El pecado de este tiempo es renunciar a la utopía de la solidaridad con el pobre y a la fraternidad como calidad de lo humano. El pecado es pensar como natural e irremediable la pobreza de miles de millones de seres humanos y abandonar a esos condenados de la tierra neoliberal al infierno del mercado. Es seguir impávidos ante la obscenidad de las *"economías* (que) *pueden crecer en la medida en que tiran a la basura a innumerables seres humanos"*, como decía el amigo Hugo Assamnn.

El pecado posmoderno y neoliberal está, como insiste Octavio Paz, en que el mercado convierta en fetiche todo lo que toca, incluida la preciada libertad erótica de Occidente: *"La herencia que nos dejó 1968 fue la libertad erótica... Pero ¿qué hemos hecho de esa libertad? Veinticinco años después, nos damos cuenta, por una parte, de que hemos dejado que la libertad erótica haya sido confiscada por los poderes del dinero y de la publicidad; por otra, del paulatino crepúsculo de la imagen del amor en nuestra sociedad. Doble fracaso. El dinero ha corrompido, una vez más, a la libertad. La sociedad capitalista democrática ha aplicado las leyes impersonales del mercado y de la técnica de la producción en masa a la vida erótica. Así la ha degradado, aunque como negocio el éxito haya sido inmenso"*.[5]

Si nuestra época se ha vuelto vulnerable a estos pecados es porque le hace falta la utopía. No deja espacio a la utopía, cree que ya no la necesita. Paradójicamente, tras el fracaso de las interpretaciones rimbombantes de la historia (de su fin), ha llegado la hora urgente de pensar el futuro con una sobriedad que no apreciábamos ayer. El aprendizaje de la sobriedad es requisito ineludible del pensamiento utópico. Lo habíamos olvidado. Esta modestia propicia la tolerancia y la paciencia histórica que, juntamente con la compasión solidaria con las víctimas del presente, constituyen el humus más idóneo para la fecundidad de la utopía (Victoria Cormenzana). Además cabe tener presente que la fecundidad histórica tiene "el tiempo", el ritmo y el estilo del fermento. Juan Luis Segundo gustaba decir que *"el 'plazo' de la eficacia no existe en la aventura de la gratuidad"*. Creo que ahora estamos capacitados para reconocer como nunca antes, después de haber presenciado tantas derrotas de causas justas, que el pensamiento y la tarea utópica llevan consigo, en su médula, las señales de sus derrotas.

En la hora actual, la de la masiva y compacta presencia de los excluidos sociales del sistema neoliberal posmoderno, nadie se puede permitir el lujo de negar la vigencia de la práctica utópica. Nadie que se precie de humano puede dejar de sentir la necesidad de proclamar contra viento y marea aquella visión de García Márquez de *"una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad"*. Porque, digo yo, parafraseando a Leonardo Boff, si el presente todavía no les pertenece, y el pasado siempre perteneció a sus amos y señores, sólo les queda el futuro para soñarlo. Entonces son ellos quienes nos enseñan a retomar las banderas de la utopía, pero de la que es sólida y solidaria de los pobres, que poco tiene que ver con aquella otra, blanda e insatisfecha, de unos pocos privilegiados del Mayo del 68.

Luis Pérez Aguirre

1. Octavio Paz, **La llama doble. Amor y erotismo**. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1993, págs. 156-157.
2. Cf. **El final de la utopía**, Barcelona 1968, pág. 10.
3. Javier Victoria Cormenzana, **Espiritualidad política y práctica política con "Espíritu"**, Sal Terrae, 973 (1994)814.
4. Javier Victoria Cormenzana, **La pobreza de un mundo sin utopías**, Sal Terrae, 964(1994)35.
5. Octavio Paz, op. cit. págs. 157-158.